

del año 236 (en mayo de 851) se presentó de su propio impulso un monje llamado Isaac ante el magistrado de Córdoba y delante de todos los presentes empezó en alta voz á tratar al Profeta de embustero, con otras invectivas. Fué muerto y su ejemplo tuvo imitadores, tanto que en pocas semanas, en los meses de junio y julio del año 851 (237 de la égrira), diez fanáticos mas, monjes y sacerdotes, encontraron la deseada muerte.

A nuestra generacion le es difícil hacer justicia á esta clase de entusiasmo sobrexcitado; y conociendo ya, como conocemos demasiado, el otro extremo del fanatismo religioso español, nos cuesta trabajo elogiar sin reserva aquel entusiasmo noble que demuestra el valor mas varonil, y en cambio nos acordamos de que todo suicidio, y suicidio debe llamarse el buscar una muerte segura, es contrario á la naturaleza y además á la religion cristiana. Aquellos amigos de Eulogio no buscaron tampoco la muerte predicando amorosamente el Evangelio, sino ultrajando al Profeta; y si nosotros, á pesar de estas reflexiones, comprendemos, respetamos y admiramos el sacrificio y el valor de aquellos héroes de la fe, los mahometanos los tomaron por locos y el cadí de Córdoba quiso hacerles encerrar como tales, y así se hubiera hecho si Abderraman, disgustado de su insolencia escandalosa, no se hubiese opuesto. Sin embargo, reconociendo toda la gravedad de esta nueva clase de rebelion, procuró atajarla por el medio mas natural y mas prudente. Convocó en el año 237 (851) al alto clero cristiano á un concilio presidido por Recafredo, arzobispo de Sevilla, para que diera su dictámen sobre si era justo buscar la muerte de esta manera temeraria y prohibiera actos semejantes á los cristianos. En el seno del clero no faltaron varones que desaprobaban la conducta de los fanáticos, y el mismo Recafredo estaba en contra de esta conducta, que por el contrario era aprobada por el obispo de Córdoba. El concilio decidió conforme al deseo del gobierno; pero no por esto cedió en el acto la agitacion religiosa: Eulogio trituro con su crítica el decreto del concilio, y no hubo medio de hacerle revocar su opinion con la pena de prision. El entusiasmo por el martirio continuó y entre los nuevos mártires hubo hasta algunas mujeres exaltadas. En esto murió Abderraman II el año 238 (852), dejando á su sucesor la difícil mision de desenredar la situacion, cada vez mas complicada. Abderraman, asediado por la intrigante Tarub, que queria asegurar el trono á su hijo Abdallah, ni tuvo resolucion para desheredar á su hijo mayor, Mohammed, ni para nombrarle sucesor suyo, y así murió sin haber decidido nada. Los eunucos de palacio, á quienes en estas circunstancias tocó elegir el sucesor, se decidieron por Mohammed, el hijo mayor, y éste fué proclamado emir sin oposicion al publicarse la muerte de su padre. Reinó Mohammed desde el año 238 (852) hasta 273 (886), y en este período nació la semilla que Abderraman habia dejado sembrar y que en el último tercio del siglo IX produjo inmensas desgracias á todo el país.

El nuevo emir Mohammed poseía dos de las cualidades mas apreciadas en un gobernante y que habian faltado á su padre: energía y firmeza de carácter, pero á la energía no iba unido el talento y su firmeza era antipática. Los treinta años de despilfarro del reinado anterior habian sido tan fatales para el tesoro como para la fuerza armada. Mohammed comprendió que este desórden debia de cesar, que era preciso acabar con la resistencia de los cristianos é igualmente con los conatos de independencia de los grandes vasallos. Todo esto era evidente y fácil de comprender; pero Mohammed en lugar de ser económico fué avaro: llenar el tesoro no fué para él un medio de gobernar sino el objeto principal del gobierno; aumentó los impuestos que pesaban sobre los cris-

tianos, pero no para aumentar su fuerza armada, á la cual bajó el sueldo, y despidió á funcionarios útiles para poner en su lugar otros que no servian sino para esquilmar al pueblo y partir con el emir el fruto de sus extorsiones. No quiso dejarse dominar por los fakihis, pero pensaba como ellos, y á fuer de mahometano fanático y de cortos alcances no se contentó con castigar rigurosamente las continuas provocaciones de los partidarios de Eulogio, sino que odiando y persiguiendo brutalmente todo lo que era cristiano empujó á la desesperacion hasta á aquellos cristianos que querian vivir en paz con el gobierno. En todas partes hizo derribar iglesias y maltratar á personas inofensivas con pretextos fútiles; á muchos hizo mahometanos á la fuerza, de un modo que indignó en algunas comarcas hasta á los renegados antiguos que estaban ya completamente mahometizados desde mucho tiempo. Esta manera de convertir contribuyó probablemente á robustecer la union entre los habitantes de Toledo, que volvieron á alzarse en armas el primer año del reinado de Mohammed, en 238 (852), y rechazaron sus tropas hasta mas allá de Calatrava (*Kal'at Rabah*, castillo de Rabah) (1). Esta plaza fué recuperada el año siguiente por el gobierno, el cual la fortificó de nuevo y se sirvió en adelante de ella como base de sus operaciones contra Toledo. Además derrotó dos veces en tres años, entre 240 (854) y 243 (857), á los sublevados, á pesar del auxilio que muy solícitamente les prestó Ordoño I, rey de Asturias; pero la ciudad de Toledo, á la cual Mohammed al parecer no se atrevió á sitiarse en regla, se mantuvo independiente de Córdoba por espacio de ochenta años. La imposibilidad de someter á los toledanos, debida á la ineptitud del emir y al poco calor de sus tropas, cuyo sueldo habia disminuido, parece que exacerbo el odio de Mohammed á los cristianos de Córdoba; la resistencia de éstos contra sus enemigos mahometanos creció con la opresion, y Eulogio la excitó mas y mas animando á los suyos al martirio y recibiendo él mismo en el año 244 (859), juntamente con Leocricia, también confesora de la fe. Su fama y la veneracion de los mártires españoles, iniciada por Eulogio, se extendieron por toda España y hasta muy adentro de Francia, donde aumentaron el odio á los mahometanos, mientras animaron á los habitantes de Asturias y Navarra á continuar firmes la lucha contra los infieles. Eulogio fué declarado santo, y cuando veinticuatro años despues de su muerte solicitó Mohammed un armisticio de Alfonso el Grande, éste exigió como condicion principal los restos mortales del santo, que fueron entregados y que descansan desde entonces en tierra cristiana. El espíritu que en vida los animó habia demostrado otra vez victoriosamente que todo espíritu es superior á la fuerza material. Ningun cristiano español ha causado mayor daño que San Eulogio á la causa del Islam, á despecho de las cadenas y de la muerte. No fué lo peor para el Islam el vigor moral que el santo habia comunicado á los enemigos exteriores del imperio mahometano; lo peor fué el espectáculo de la discordia que reinaba en el centro del gobierno y que tenia disgustadas á todas las provincias sometidas al cetro omniada. Disminuyó el número de los dispuestos á sacrificar su vida como Eulogio y otros mártires, no obstante la descripcion del martirio del santo, escrita por su amigo Alvaro con el objeto de reanimar el entusiasmo del sacrificio, porque muy pronto hubo otras ocasiones de manifestarlo mas que en el patíbulo.

Lo que dió tanta fuerza á los toledanos no fué solamente su alianza con Ordoño I, y despues con Alfonso III el Grande cuando subió al trono en 252 (866), sino tambien la circuns-

(1) Como *Kal'at-Eiyub*, castillo de Eyub ó Jacob (Calatayud), y *El-kala* (Alcalá), el pueblo, el castillo.

tancia de que los Benu Kasi de Aragon les cubrian el flanco (1). Desde la paz hecha entre Abderraman y el príncipe Muza habia continuado éste reinando con completa independencia en el Nordeste de España, y cuando Mohammed subió al trono de Córdoba, Muza era dueño de Zaragoza, Tudela, Huesca y en fin de toda la frontera alta, como los mahometanos llamaban el territorio que despues recibió el nombre de Aragon. Muza se hacia titular, segun dicen los cronistas cristianos, «tercer rey de España», es decir, se consideraba colega de los reyes de Navarra y de Asturias, y no vasallo del emir de Córdoba. Era, pues, natural que los toledanos buscasen tambien su alianza; y si bien se conservó el espíritu mahometano mas robusto en Aragon, situado entre Barcelona y Navarra, que en Toledo, cuya poblacion era en su mitad cristiana, y aunque el enérgico Muza estaba casi continuamente en guerra con Navarra y los reyes de Asturias, no dejaban de formar sin quererlo una liga natural todos estos estados cristianos y mahometanos contra el emir de Córdoba, como representante del Islam ortodoxo y por sus pretensiones de soberanía sobre toda la España. Casi nunca se vió Mohammed en estado de conseguir ventaja notable alguna sobre esta liga; por lo general apenas solian bastar sus fuerzas para tener á raya á los toledanos y á sus aliados, los asturianos, y para inquietarlos con incursiones, particularmente desde Calatrava, mientras los enemigos penetraban tambien de cuando en cuando en territorio del emir, en el cual llegó á penetrar Alfonso mucho mas adentro que todos sus predecesores. Habia habido un tiempo en que los mahometanos dirigian sus campañas contra Leon y hasta contra Oviedo, pero á la sazón nunca llegaron mas allá de Toledo.

Ningun cronista habla de tentativas de Mohammed para aumentar su fuerza armada, ni para dividir á sus enemigos por medio de alianzas hábiles, ni para evitar el descontento por medio de una buena administracion en las provincias que le quedaban. Este emir era inepto para todo lo que salia del terreno teológico. Así pasaron algunos años en que no ocurrió otra cosa notable sino nuevos saqueos de los normandos en las costas del Mediodía, especialmente cerca de Algeciras y de Murcia, en 245 (859), hasta que en el año 248 (862) ocurrió la muerte del príncipe ó rey Muza de Aragon. Esta muerte parecia deber mejorar la posicion de Mohammed, el cual en efecto procedió con energía y rapidez: arrebató á los hijos de Muza las ciudades de Zaragoza y Tudela y se lisonjeó de dejar allí restablecida sólidamente su autoridad. Pero pagó cara esta ilusion, porque fuese que la ocupacion de estos puntos avanzados le hubiese obligado á desmembrar demasiado sus ya muy limitadas fuerzas, ó fuese simplemente efecto de la mayor extension que habia ido tomando el espíritu de independencia, el caso fué que despues de diez años ocupados segun costumbre en reprimir motines de poca importancia y en campañas contra los asturianos, el emir sufrió dos descalabros que patentizaron claramente el estado ruinoso de su imperio. En el año 258 (872) los hijos de Muza expulsaron de todo Aragon á las tropas del gobierno y rechazaron con ayuda del rey Alfonso un nuevo ataque de Mohammed. En 259 (873) Alfonso obligó al emir á reconocer á Toledo como república independiente bajo su protectorado y en 261 (875) se alzó un renegado llamado Ibn Merwan con otros descontentos de su condicion en el país de Badajoz, derrotó al ejército enviado por Mohammed contra él y logró que el emir le dejara como señor independiente en el Oeste. El nuevo vasallo del soberano hizo luego un pacto de alianza

(1) Entre ambos Estados estaba el territorio de Guadalajara, cuyos príncipes eran partidarios del gobierno de Córdoba; pero este territorio era demasiado pequeño para influir en los sucesos principales de una manera notable.

con el rey Alfonso III, de modo que el emir omniada, que tampoco podia contar con los berberiscos de Mérida, únicamente resultó dueño de Andalucía, Murcia, Valencia y una parte de Castilla la Nueva hasta Guadalajara, es decir, de menos de la mitad de la península, mientras el resto estaba repartido entre los Estados cristianos y los de diferentes renegados que á la sazón dependian mas de los primeros que del impotente emir. La aproximacion de los españoles mahometanos y cristianos y la union de ambos en una sola union nacional dirigida contra el dominio árabe estaban en la atmósfera, y lo prueba entre otras cosas la ocurrencia singular de Ibn Merwan de querer fundar para sí y sus partidarios una religion nueva, mezcla de mahometismo y cristianismo.

Mala estaba la situacion para el emir de Córdoba y todavia se agravó. Hasta entonces habia tenido aseguradas las espaldas, mientras ocupaban su atencion en el Norte y el Oeste los estados cristianos y los de vasallos refractarios. En muchas comarcas del Sur predominaban por su número y sus posesiones territoriales los renegados, como en Murcia, Sevilla y sobre todo en Reiya, es decir, en la dilatada region de Málaga, Archidona y Ronda. Así como alternan en el país que se extiende desde las Alpujarras hasta el Peñon de Gibraltar las feraces riberas meridionales del Genil con la faja marítima y con las accidentadas y pintorescas serranías, del mismo modo el carácter de los habitantes ofrece una mezcla de amabilidad, alegría, pasion y fiereza. En ninguna parte de España ha habido hasta nuestros dias tanto bandido novelesco como en la serranía de Ronda, conforme todo el mundo sabe, aunque no sea sino por haber leído la *Cármén*, de Merimé, ni hay tampoco provincia, exceptuando únicamente el país vascongado, mas á propósito para la guerra de guerrillas. Casi es excusado decir que en estas comarcas jamás encontraron grandes simpatías ni los árabes ni los berberiscos, y que en cambio debian producir allí mucha agitacion en los ánimos las noticias de los fracasos sufridos por el emir en sus empresas contra la poblacion española de Zaragoza, Toledo y Badajoz. En el año 266 (879) hubo ya disturbios graves que fueron sofocados con gran rigor; pero la agitacion continuó. El emir Mohammed volvió á sus operaciones del lado del Ebro y se apoderó en 271 (884) de Zaragoza, aprovechando las discordias intestinas de los Kasi de Aragon, desde el año 269 (882), y el auxilio que le prestó la familia árabe de los Tudschib, que desde algun tiempo se habia hecho poderosa en el país de Calatayud. Pero una sublevacion que estalló algunos meses antes, en 270 (884), en la serranía de Ronda, le obligó á abandonar la provincia del Norte á sí misma, es decir, á la guerra que se hacian con fortuna varia los tudschibidas y los kasi, y dirigir todas sus fuerzas disponibles al Sur, donde estuvieron ocupadas todo el último tercio del siglo. En este tiempo el emirato de Córdoba, y en general el dominio árabe en España, estuvo casi siempre al borde de su ruina, por obra de uno de aquellos héroes populares que por su fuerza propia y la de las circunstancias surgen en épocas determinadas en las naciones para abrir un nuevo período en su historia.

Omar era hijo de Hafs, descendiente de una antigua y distinguida familia visigoda, el cual se habia pasado al mahometismo y poseía grandes bienes en las serranías al Nordeste de Málaga. La gente de la comarca le llamaba Hafson, dando á entender con el aumentativo *on* (2) que el tal Hafs era persona rica y muy considerada. Era al parecer pacífico y reposado, pero su hijo Omar era por el contrario fogoso é indómito como jamás se ha visto otro andaluz. Sabido es que

(2) En tiempo antiguo se añadía tambien con frecuencia á nombres árabes, que venian á ser así un título honorífico.

hoy todavía los españoles del Mediodía suelen como los corsos y napolitanos zanjar diferencias de opinión por medio de un tiro ó de una puñalada, y si llega á entender en ello la justicia, el perseguido se retira al monte para llevar allí una nueva existencia novelesca, que en opinión del pueblo sería muy injusto quererla comparar con el oficio trivial de un saltador. Una cosa semejante sucedió á Omar Ibn Hafson, que un día tuvo «la desgracia,» como suele decirse en estos casos, de matar por una cuestión de palabras á un vecino suyo, y en su consecuencia huyó á la sierra, donde hizo competencia al emir cobrando á los que pasaban un impuesto un tanto irregular. La justicia le prendió y le impuso el castigo merecido; pero Omar se evadió, su padre le echó de casa y Omar pasó al Africa; buscó un refugio en el lejano Tahert, mas no creyéndose tampoco seguro allí, volvió á España y con una partida de hombres como él se internó en la sierra, donde se estableció en un castillo arruinado llamado Bobastro y situado en una peña elevada cerca de Antequera. Restauró las murallas y emprendió desde allí expediciones de saqueo á las comarcas vecinas por el año 267 (880) haciendo así inseguro todo el país. Al cabo de dos años tuvo que rendirse á la tropa enviada en su persecución, y el emir, viendo que era útil para la guerra, le alistó en su ejército en calidad de oficial (1). Distinguióse en efecto en la campaña abierta entonces, en el año 270 (883), contra los aragoneses, tanto que tenía casi asegurada una carrera brillante; pero cuando el ejército regresó á Córdoba, ocupando sus cuarteles de invierno, desertó Omar con motivo de un insulto que le había inferido un empleado del emir, y los soldados á sus órdenes, que por su valiente jefe se habrían dejado matar, se fueron con él en 270 (884) por supuesto á la serranía, donde se les juntaron un número de jóvenes decididos. Con esta gente Omar, por medio de un golpe de mano casi increíble, se apoderó otra vez de Bobastro, que entretanto había sido nuevamente fortificado y estaba defendido por una numerosa guarnición. Allí se estableció, pero no ya como jefe de saltadores, sino como patriota español, enemigo del dominio extranjero. Lo que había visto en los años anteriores, principalmente en el ejército del emir; las ventajas obtenidas por los aragoneses y toledanos; la debilidad del gobierno, todo esto había despertado su ambición, y mas todavía su patriotismo, y el deseo elevado de librar á su país del yugo extranjero había hecho del joven indómito, brillantemente dotado por la naturaleza, un hombre grave y dueño de sí mismo, que sacrificó en adelante toda ambición egoísta y baja al grande objeto que se había propuesto. Sus enemigos los árabes, que solo le llamaban «el maldito» (*el-mal'un*), «el enemigo de Dios» (*aduv. Allah*) y «el monstruo» (*el-habith*), confiesan que fué no solo valiente sino jefe y gobernante enérgico á la vez que moderado. Siempre á la cabeza de sus soldados, que le idolatraban, solía luchar en lo mas espeso de la batalla; era liberal y justiciero, sin distinción de personas, y tan radicalmente cambiado estaba, que vivió con una sobriedad y una abstinencia ejemplares en todos conceptos y castigó con la muerte todo ataque á la propiedad y á las personas en la serranía, de modo que en su tiempo podían ir hasta las mujeres de un lugar á otro con dinero ú otras cosas, solas, sin temor de que nadie las incomodara.

El pueblo de la serranía, tan guerrero y tan cansado del gobierno de Córdoba, no podía menos de entusiasmarse con un jefe como Omar. En efecto, Ronda y Archidona le reconocieron por jefe suyo; el señor de Alhama, renegado también, se hizo su aliado y se puso en un todo á sus órdenes, y pronto se extendió el dominio de Omar hasta el territorio

(1) El ejército estaba formado de esclavos y gente mercenaria.

de Jaen y Elvira (Granada), centros de la población árabe.

El emir de Córdoba, no sabemos exactamente por qué causa, dejó pasar mas de dos años antes de combatir seriamente al rebelde; pero á principios del año 273 (junio de 886) llegó Mundhir, hijo y sucesor declarado de Mohammed, al país dominado por Omar. Para sacar á éste de su castillo inexpugnable de Bobastro, atacó Mundhir á Alhama, y Omar en efecto acudió y entró en la ciudad amenazada, donde el príncipe, hombre de gran capacidad y excelente general, le sitió con tanta energía que le puso en situación apuradísima; pero vino á su ayuda la fortuna. Cuando ya no le quedaba mas alternativa que rendirse ó abrirse paso entre los sitiadores con las armas en la mano, llegó á Mundhir la noticia de la muerte de su padre, ocurrida en el año 273 (886), y temiendo que quisiera disputarle el trono su hermano Abdallah, de igual edad que él, se dió prisa á regresar á la capital. Omar se había salvado, mas no por mucho tiempo al parecer. Mundhir, que reinó desde 273 (886) hasta 275 (888), tomó disposiciones para que los distritos de Elvira, Cabra, Baena y Jaen, atacados por Omar con energía apenas se vió libre, pudieran resistirle, y en 275 (888) volvió en persona al foco de la rebelión, tomó á Archidona y puso estrecho sitio á Bobastro. Segun opinión de los cronistas, que son á la verdad muy parciales á favor de los omniadas, Mundhir habría tomado este castillo si hubiese podido continuar la guerra siquiera un año; pero entonces la muerte vino al auxilio del patriotismo español, que á la sazón tenía de su parte, indudablemente, la fuerza moral. Mundhir murió en su campamento delante de Bobastro el 15 Safar de 275 (29 de junio de 888) despues de una corta enfermedad, á consecuencia de un veneno que como no puede dudarse le había hecho dar su propio hermano Abdallah, el cual en el mismo día de la muerte de Mundhir llegó al campamento, distante veinte leguas de Córdoba, para hacerse reconocer emir por el ejército.

Abdallah, que reinó desde 275 (888) hasta 300 (912), es una de las figuras mas repugnantes de la historia del Islam. Véase cómo el célebre historiador (2) condensa los hechos principales de este príncipe, que pintan su carácter: «Usurpador del trono, envenenó á sus dos hermanos Mundhir y Kásim; hizo ejecutar á su hermano Hixam, bien que era inocente del crimen de que se le acusaba, y que fué sentenciado por el juez, el cual temió por su propia vida; hizo ejecutar igualmente á sus dos hijos Mohammed y Motarrif por mera sospecha, sin pruebas convincentes y sin sentencia de tribunal, y siendo hasta absuelto Mohammed por los jueces despues de un informe jurídico. Atormentado por los remordimientos de su conciencia, receló de cuantas personas le rodeaban, y se figuraba que sus hermanos é hijos conspiraban sucesivamente contra su vida, y así, ahogando la voz de la naturaleza, los sacrificó uno tras otro á su ciega desconfianza. A esto añadiremos que por esta misma desconfianza no se atrevió á mandar en persona sus tropas en la guerra, y para evitar en general todo riesgo se valió de excusas y pretextos miserables que hacían su política vergonzosamente solapada y villana. Así se explica que á excepción de la tropa á sueldo y de los cordobeses, cuya suerte estaba ligada indisolublemente á la de los omniadas, nadie quisiera á semejante monarca, los renegados, por supuesto, menos que nadie; y en cuanto á la aristocracia árabe, que en el período de un siglo se había ido reponiendo de su gran derrota, no estaba en ánimo de dejarse gobernar por este emir, á quien despreciaba, despues de haber resistido

(2) Dozy en la introducción de su edición de *Ibn Adhari* (Leiden, 1848-1851, I, pág. 61).

á muerte al traidor pero valiente y terrible Abderraman I, á quien había odiado. No obstante Abdallah con su diplomacia sigilosa y astuta pudo ganar tiempo y esperar á que sus adversarios llegaran á debilitarse entre sí haciéndose la guerra uno al otro. El objeto del emir era restablecer el dominio omniada en toda la península aprovechando la anarquía general, sin exponerse á ningun peligro grave; pero un monarca tan miserable nunca habría podido realizar semejante propósito, y fué gran suerte para su familia y el imperio que en el momento mas conveniente tuviera Abdallah que dejar su puesto á un monarca mas grande y como hombre mejor que él.

La poca autoridad personal de Abdallah se demostró desde el primer día de su reinado, pues el ejército apenas le había reconocido cuando, descontento ya del largo y fatigoso servicio antes de la muerte de Mundhir, se dispersó, desapareciendo cada jefe por su lado con su gente sin que Omar les molestase, atendido que Abdallah le había hecho saber en seguida que deseaba vivir en paz con él. Por lo mismo tampoco opuso obstáculo ninguno al regreso del nuevo emir á Córdoba, porque demasiado enterado debía de estar de quién era Abdallah y de que para sus proyectos en Andalucía no podía encontrar otro emir mas á propósito. Desde el primer día del reinado de Abdallah ya se vió lo que podía esperarse del nuevo soberano, porque desconfiando del lugarteniente que Mohammed había dejado instalado en Zaragoza cuando salió de Aragón, excitó contra él en el mismo año 275 (888) al tudschibida Ancar, el cual hizo asesinar á traición á aquel funcionario, se apoderó de Zaragoza en el año 276 (890) y continuó desde allí en calidad de vasallo del emir, pero en realidad independiente, haciendo por su cuenta la guerra á los Kasi. Estos fueron perdiendo su poder, si bien muy poco á poco, porque tenían que defenderse al mismo tiempo contra los ataques de Navarra, hasta que finalmente quedaron completamente vencidos y sometidos en el reinado siguiente.

Apenas hubo conseguido Abdallah en el Norte mas ó menos bien su objeto inmediato, la aristocracia árabe se levantó contra él en abierta rebelión impulsada por su ambición, ó si se quiere por un sentimiento de honor, siendo el teatro de estos sucesos las provincias de Elvira, Jaen y Sevilla, que eran respectivamente los centros de los keisitas y yemenitas, bien que estaban allí mezclados con renegados y en menor grado con berberiscos. Renegados formaban la masa de las poblaciones urbanas, en especial de Sevilla y Elvira (Granada); los aristócratas árabes vivían entre sus colonos y allegados en sus castillos y haciendas. Era natural que siendo allí los árabes el elemento dominante tratasen á los naturales del país con mayor altanería que en otras partes, lo cual engendró también mayor tirantez entre unos y otros; de suerte que al levantarse contra el gobierno, por motivos fútiles, los keisitas de Elvira y Jaen y las tribus yemenitas de los Benu-haldun y de los Benu-hadschadsch del país de Sevilla, tenían que chocar irremisiblemente con los renegados, que sobre todo en Elvira hacía mucho tiempo que aguardaban una coyuntura para vengarse de sus opresores. En efecto, tan pronto como se hubieron rebelado los árabes contra el gobierno, los renegados, mucho mas numerosos, los atacaron, los vencieron y les quitaron el castillo fuerte de Monteyicar (1), situado al Nordeste de Granada. En Sevilla pasaron las cosas al revés. Allí los haldun y los hadschadsch trataron de aprovechar la debilidad del gobierno, cuya fuerza armada estaba desde Bobastro en estado lamentable, para saquear con toda comodidad la ciudad y

la comarca; pero no creyéndose bastante fuertes contra los españoles, mas numerosos que ellos, cometieron la vileza increíble de invitar á la proyectada batida de renegados á los berberiscos de Mérida, gente codiciosa y salvaje, que aceptaron inmediatamente la propuesta y como hambrientos buitres cayeron sobre su presa, que eran Ibn Merwan y su gente de Badajoz. Las ricas llanuras bañadas por el Guadalquivir fueron entradas á saco y devastadas horriblemente, y las hordas berberiscas especialmente cometieron toda clase de atrocidades en los infortunados habitantes españoles. Las débiles tentativas del gobierno para intervenir en los diferentes puntos fracasaron completamente.

En el Este tomaron los árabes el desquite de la pérdida de Monteyicar, porque encontraron en el keisita Sauvar un adalid y jefe formidable que supo unir á los desunidos y conducirlos á la victoria. A las órdenes de este caudillo tomaron por asalto á Monteyicar é hicieron luego carnicerías espantosas en los españoles de esta plaza y de muchas poblaciones. Los españoles, desesperados, se arrojaron en brazos del emir, prometiendo sumisión y obediencia eternas si los salvaba de sus enemigos; pero las tropas cordobesas que había en la provincia, unidas á los renegados, fueron derrotadas por Sauvar, el cual despues de esta victoria encontró á los árabes de los inmediatos distritos de Jaen y Reiya y hasta los de la distante Calatrava dispuestos á combatir bajo sus banderas. Mas animoso que nunca persiguió entonces á sus contrarios, que no cesaban de pedir amparo á Abdallah; pero si bien consiguió el emir con gran trabajo un arreglo de paz entre los beligerantes, esta paz no pudo ser duradera en semejantes circunstancias. En Sevilla fracasó completamente su débil y falsa diplomacia. Allí tambien ofrecieron los naturales del país ponerse al lado del gobierno si el emir les amparaba y daba seguridad contra los yemenitas y los berberiscos; pero entre el deseo de asegurarse la posesión de tan importante ciudad y el miedo de exponerse á un ataque directo de los hadschadsch y de los haldun, disgustó á todos; su amistad con los habitantes de la ciudad irritó á los árabes, y para aplacarlos dejó que asesinaran á uno de los mejores varones de Sevilla, la cual desde entonces renunció al emir, llamó dentro de sus muros á los árabes keisitas y otras tribus berberiscas y se dispuso á la defensa. Faltó poco para que pereciese en la confusión general Mohammed, hijo de Abdallah, á quien éste había enviado allí para restablecer el orden; pero todo lo que hizo fué una espantosa carnicería en la población con las tropas que llegaron á tiempo para salvarle. Apenas hubo regresado Mohammed á Córdoba cuando en Sevilla se trastornó todo, y al fin se apoderaron de la ciudad los berberiscos y yemenitas y degollaron á la mayor parte de los habitantes que no tuvieron tiempo de huir. Esto sucedió el año 276 (889). La ciudad, poco antes tan floreciente, quedó arruinada para muchísimo tiempo; nada pudo hacer el gobernador á quien Abdallah despues de la catástrofe envió allí y que fué muerto al cabo de dos años por los yemenitas. Estos con toda ingenuidad se dieron por servidores fieles del emir, sin comprender siquiera la amarga ironía de su asercion.

No dieron mejor resultado las disposiciones, si pueden llamarse tales, que Abdallah tomó contra Omar Ibn Hafson, porque fué una vana demostración la marcha sobre Bobastro que emprendió aquel mismo año desastroso de 276 (889) á la cabeza de las tropas que había podido reunir. En cambio no fué vana, sino muy real y positiva, la ocupación de Osuna y Ecija por Omar, que con esto se situó á seis leguas de la corte. El emir aterrorizado ofreció al temible adversario la paz con la lugartenencia de los territorios

(1) El nombre viene de *Monte sacro*.